FIESCO.—(*Con intencion.*) ¡Oh, señora!... ¡si será cosa de morirse de risa! (*Le da el brazo; cae el telon.*)

# ACTO IV.

Es de noche.—Patio del palacio de Fiesco.—Habrá algunas linternas encendidas.—Sale gente trayendo armas á la escena.—Una de las alas del castillo está alumbrada.

## ESCENA PRIMERA.

BORGOGNINO (*al frente de algunos soldados*).

ALTO!... A ver... Cuatro hombres de centinela á la puerta del patio y dos á cada puerta del palacio. (*Los centinelas se colocan en el puesto designado.*) Dejar que entre quien quiera, pero salir... á nadie, y á quien haga uso de la fuerza,... matarle. (*Entra en el castillo con los demas. Los centinelas siguen en sus puestos. Pausa.*)

## ESCENA II.

LOS CENTINELAS.—(*De la puerta del patio.*) ¿Quién vive?

ZENTURIONE.—Un amigo de Lavagna. (*Atraviesa el patio y se dirige á la puerta de la derecha.*)

EL CENTINELA.—¡Atrás! (*Zenturione, sorprendido, se dirige hácia la de la izquierda.*)

ZENTURIONE.—(*Deteniéndole perplejo. Al centinela de la derecha.*) ¿Por dónde se va á la comedia, amigo?

EL CENTINELA.—No lo sé.

ZENTURIONE.—(*Sorprendido al de la izquierda.*) ¿A qué hora empieza la comedia?

EL CENTINELA.—No lo sé.

ZENTURIONE.—(*Espantado y embozándose.*) ¡Cosa más rara!

EL CENTINELA.—(*De la puerta principal.*) ¿Quién vive?

## ESCENA III.

Dichos.—ZIBO.

ZIBO.—Un amigo de Lavagna.

ZENTURIONE.—Zibo, ¿dónde estamos?

ZIBO.—¿Qué?

ZENTURIONE.—Observa en torno tuyo, Zibo.

ZIBO.—¿Dónde... ¿Cómo?

ZENTURIONE.—Todas las puertas están defendidas.

ZIBO.—Y aquí,.... armas.

ZENTURIONE.—Sin que nadie nos explique...

ZIBO.—Es singular.

ZENTURIONE.—¿Qué hora es?

ZIBO.—Las ocho dadas.

ZENTURIONE.—¡Demonio!... Hace un frio de todos los diablos.

ZIBO.—Las ocho; es la hora fijada.

ZENTURIONE.—(*Meneando la cabeza.*) Hay en esto algo incomprensible.

ZIBO.—Fiesco sin duda quiere darnos algun bromazo.

ZENTURIONE.—Mañana es la eleccion de dux... Zibo; esto no está claro.



ZIBO.—¡Silencio!... ¡Silencio!

ZENTURIONE.—El ala derecha resplandece muy alumbrada.

ZIBO.—¿Oyes algo?... ¿Oyes algo?

ZENTURIONE.—Sí; como si sonara allá dentro sordo rumor y de vez en cuando...

ZIBO.—Confuso chis, chas, como choque de armaduras.

ZENTURIONE.—Es espantoso.

ZIBO.—Un carruaje... Se detiene á la puerta.

EL CENTINELA.—(*De la puerta principal.*) ¿Quién vive?

## ESCENA IV.

Dichos.—Los cuatro ASSERATO.

ASSERATO.—(*Entrando.*) Amigo de Fiesco.

ZIBO.—Son los cuatro Asserato.

ZENTURIONE.—Buenas noches, amigos.

ASSERATO.—Vamos á la comedia.

ZIBO.—Buen viaje.

ASSERATO.—¿No vais tambien?

ZENTURIONE.—Pasad delante; queremos tomar un poco el fresco.

ASSERATO.—Empezará en breve; vamos.

(*Intentan irse.*)

EL CENTINELA.—No se pasa.

ASSERATO.—¿Qué significa eso?

ZENTURIONE.—(*Riéndose.*) Subid al castillo.

ASSERATO.—Sin duda hay error en eso.

ZIBO.—Un error evidente.

(*Suena la música dentro, á la derecha.*)

ASSERATO.—Ya tocan la sinfonía. La comedia va á empezar.

ZENTURIONE.—A mí me parece que ya ha empezado, y que nosotros representamos el papel de bobos.

ZIBO.—Yo no siento aquí mucho calor; conque.... me voy.

ASSERATO.—¡Armas aquí!

ZIBO.—¡Bah!... el equipo de los cómicos.

ZENTURIONE.—¿Seguiremos aquí como los locos á orillas del Aqueronte? Vamos al café. (*Se dirigen los seis hácia la puerta.*)

LOS CENTINELAS.—¡Atrás!

ZENTURIONE.—¡Mil rayos! Nos han cogido.

ZIBO.—Mi espada me dice que no será por mucho tiempo.

ASSERATO.—Volved á envainarla, creedme. El Conde es un caballero.

ZIBO.—Estamos vendidos. Somos víctimas de la traicion. La comedia era el cebo y hemos caido en el lazo.

ASSERATO.—No lo quiera Dios. Me temo que va á tener todo eso un pesado desenlace.

## ESCENA V.

Dichos.—Luego VERRINA y SACCO.

EL CENTINELA.—¿Quien vive?

(*Salen Verrina y Sacco.*)

VERRINA.—Amigos de la casa. (*Salen siete nobles más.*)

ZIBO.—Sus confidentes. Ahora se aclarará todo.

SACCO.—(*Conversando con Verrina.*) Pues como os decia, Lescaro está de guardia en Santo Tomás. Es el mejor oficial de Dória y su ciego adicto.

VERRINA.—Me alegro.

ZIBO.—(*A Verrina.*) A buen tiempo llegais, Verrina, para ayudarnos á salir de este enredo.



VERRINA.—Pues... ¿qué ocurre?... ¿qué ocurre?...

ZENTURIONE.—Hemos sido invitados á una comedia.

VERRINA.—Para eso estamos.

ZENTURIONE.—(*Impaciente.*) Sí, ya sé;... como todo mortal... ¡Mirad qué guardadas las puertas!... ¿y por qué?... vamos á ver.

ZIBO.—¿Por qué estas armas?

ZENTURIONE.—Estamos aquí, como en la horca.

VERRINA.—Ya vendrá el Conde en persona.

ZENTURIONE.—No debiera hacerse esperar. Tasco el freno, impaciente.

(*Los nobles se pasean por el fondo.*)

BORGOGNINO.—¿Cómo va lo del puerto, Verrina?

VERRINA.—A pedir de boca.

BORGOGNINO.—El castillo está atestado de tropas.

VERRINA.—Poco falta para las nueve.

BORGOGNINO.—Mucho se hace esperar el Conde.

VERRINA.—Todo irá más aprisa de lo que se figura, Borgognino. Me estremezco con sólo recordar cierto intento...

BORGOGNINO.—No os precipiteis, padre.

VERRINA.—No cabe precipitacion, donde no cabe retardo. Si no cometo este segundo homicidio, no respondo del primero.

BORGOGNINO.—Mas ¿cuándo debe morir Fiesco?

VERRINA.—Cuando Génova sea libre, Fiesco morirá.

EL CENTINELA.—¿Quién vive?

## ESCENA VI.

Dichos.—FIESCO.

FIESCO.—Amigo. (*Todos le saludan y los centinelas presentan las armas.*) Bien venidos, mis queridos huéspedes. Sin duda me habeis murmurado por la tar-

danza; excusadme. (*Por lo bajo á Verrina.*) ¿Está dispuesto todo?

VERRINA. — (*Al oido.*) A pedir de boca.

FIESCO. — (*Por lo bajo á Borgognino.*) Y...

BORGOGNINO. — Todo está en órden.

FIESCO. — (*A Sacco.*) Y...

SACCO. Todo marcha.

FIESCO. — ¿Y Calcagno?

BORGOGNINO. — No ha venido todavía.

FIESCO. — (*A los centinelas.*) Cerrad las puertas. (*Se quita el sombrero y se adelanta con dignidad y soltura hácia los congregados.*) Señores, me tomé la libertad de invitaros á un espectáculo en mi casa, no ciertamente para divertiros, sino con el objeto de repartir los papeles. Harto hemos sufrido, amigos mios, las injurias y desaires de Dória y las usurpaciones de Andrés. Si queremos libertar á Génova, no hay ya tiempo que perder. ¿Con qué objeto pensais que sitian el puerto de nuestra patria veinte galeras? ¿Con qué objeto contrajeron los Dórias ciertas alianzas y han llamado al corazon de Génova extranjera tropa? No se trata ya de murmurar ni de maldecir. Fuerza es arriesgarlo todo por salvarlo todo, que á grandes males, grandes remedios. ¿Quién habrá entre nosotros que sufra por soberano al que no sea su igual? ¿Y quién de nosotros no cuenta tan antiguo abolengo como la misma ciudad? Yo os conjuro por lo más sagrado, á que me digais qué privilegio tienen entonces aquellos dos simples ciudadanos para alzarse por encima de nosotros con insolente vuelo. (*Vivos murmullos.*) No existe un solo hombre aquí, que no sea llamado á defender la causa de Génova contra sus opresores, ni pueda abandonar un ápice sus derechos sin hacer traicion al alma del Estado. (*Agitacion é interrupciones. Luego continúa.*) Pues veo que os conmueven mis frases, doy por ganada la causa. ¿Quereis seguirme? Estoy pronto á conduciros. Esos preparativos, que poco há os sobrecogieron de terror, deben infundiros ahora valor heroico y trocarse tales temblores y ansiedad en memorable celo para aliaros á los patriotas y á mí, y aterrar á los tiranos. El éxito coronará nuestros esfuerzos, porque mi plan está bien concebido y la empresa es justa, puesto que Génova sufre; gloriosa, puesto que es arriesgada y grande.



ZENTURIONE. — (*Con arrebato.*) Basta. Génova será libre. Con semejante grito de guerra combatiríamos contra el mismo infierno.

ZIBO. — Quien no despierte á ese grito, gima condenado á eterna brega hasta el dia del juicio.

FIESCO. — Esto es hablar como hombres. Ahora mereceis conocer el peligro que os amenaza, á vosotros y á Génova. (*Les entrega la lista que consiguió el Moro.*) Aquí, luces, muchachos. (*Los nobles se agolpan al rededor de una antorcha y leen.*) Esto marcha á medida de mis deseos, amigos.

VERRINA. — No lo digas muy alto. A algunos ví palidecer y temblar, allá á la izquierda, en el fondo.

ZENTURIONE. — (*Furioso.*) ¡Doce senadores! ¡Infamia como ella! Vamos, espada en mano... (*Todos echan mano á las armas, excepto dos.*)

ZIBO. — Tu nombre figura tambien en la lista, Borgognino.

BORGOGNINO. — Y hoy mismo, Dios mediante, he de escribirlo en la garganta de Dória.

ZENTURIONE. — Quedan allí dos espadas.

ZIBO. — ¿Cómo?

ZENTURIONE. — Hay dos que no han tomado espada.

ASSERATO. — Mis hermanos no pueden ver sangre... Excusadlos.

ZENTURIONE. — ¿Cómo no, siendo de tiranos? ¡Mueran los cobardes! Echad de la República estos hijos bastardos. (*Algunos conjurados, movidos de la cólera, se arrojan sobre ellos.*)

FIESCO. —(*Los separa.*) ¡ Deteneos !... ¡ Deteneos ! Génova no puede deber su libertad á esclavos, ni ha de perder el oro su puro sonido con impura liga. (*Separa á los dos hermanos.*) Hacedme la bondad, caballeros, de retiraros á mi palacio hasta que se decidan nuestros asuntos. (*A la guardia.*) Prended á esos dos hombres ; me respondeis de ellos. Pónganse dos centinelas á su puerta. (*Se los llevan.*)

EL CENTINELA. —(*De la puerta principal.*) ¿ Quién vive? (*Llaman.*)

CALCAGNO. —(*Con voz angustiada.*) Abrid, amigo,... abrid... por Dios.

BORGOGNINO. — Es Calcagno. ¿ Qué significa esta súplica, por Dios ?

FIESCO. — Abridle, soldados.

## ESCENA VII.

Dichos. — CALCAGNO espantado y sin aliento.

CALCAGNO. — ¡ Estais perdidos !... Huid... Sálvese quien pueda... Todo está perdido.

BORGOGNINO. — ¡ Cómo... perdido ! ¿ Son por ventura de bronce y nuestras espadas de caña ?

FIESCO. — Pensadlo bien, Calcagno, porque en nuestro caso este seria imperdonable error.

CALCAGNO. — Nos han hecho traicion... Infernal verdad... Vuestro criado moro, Lavagna... ¡ Miserable ! Acabo de verle en el palacio de la Signoria, celebrando una entrevista con el Duque. (*Los nobles palidecen, el mismo Fiesco se inmuta.*)

VERRINA. —(*Con energía, á los centinelas de la puerta del foro.*) Aquí, soldados, pasadme el corazon de una lanzada, que no quiero morir en manos del verdugo. (*Los nobles se desbandan aterrorizados.*)



FIESCO. —(*Sereno.*) ¿ A dónde vais ?... ¿ Qué haceis ?.. Véte al diablo, Calcagno, con tu ciego terror... ¡ Pareces una mujer !... ¡ Decir esto delante de esos niños ! Y tú, Verrina, y tú, Borgognino, ¿ á dónde vais ?

BORGOGNINO. —(*Con vehemencia.*) Yo á casa á matar á Berta y vuelvo.

FIESCO. —(*Soltando una carcajada.*) ¡ Aguardad !... ¡ deteneos ! ¿ Este es el valor de los que quieren matar al tirano ?... Has representado tu papel á maravilla, Calcagno... Pero ¿ no adivinasteis que yo le mandé traer la noticia ? Habla, Calcagno. ¿ Verdad que te mandé poner á prueba el valor de estos antiguos romanos ?

VERRINA. — Bien está. Puesto que puedes reir, quiero creerte, ó no te tendré por hombre.

FIESCO. — ¡ Vergüenza, amigos ! ¡ Sucumbir á esta prueba de muchacho ! Tomad de nuevo las armas. Ahora fuerza os será combatir como leones si quereis reparar esa brecha. (*Por lo bajo á Calcagno.*) ¿ Estabais vos mismo allí ?

CALCAGNO. — Pasé por delante de la guardia para cumplir mi comision é informarme por medio del Dux... y cuando ya me retiraba, veo que traian al Moro.

FIESCO. —(*En alta voz.*) Ya tenemos al viejo en la cama ; iremos á sacarle de entre las sábanas. (*Por lo bajo.*) ¿ Habló mucho rato con el Dux ?

CALCAGNO. — Mi súbito pavor y la urgencia del peligro no me han permitido permanecer allí dos minutos.

FIESCO. —(*En alta voz y alegremente.*) ¡ Mirad cómo tiembla todavía mi gente !

CALCAGNO. — No debisteis dejar que estallara tan pronto el motin. (*Por lo bajo.*) Pero, por Dios vivo, Conde, ¿ qué esperais conseguir con ese embeleco ?

FIESCO. — Pienso ganar tiempo. Con eso habrá pasado el primer susto. (*En alta voz.*) ¡ Hola !... que trai-

gan vino. (*Por lo bajo.*) ¿ Palideció el Duque ? (*Alto.*) Vaya, camaradas; quiero que bebamos una vez siquiera antes de entrar en la danza de esta noche. (*Por lo bajo.*) ¿ Palideció el Duque ?

CALCAGNO. — La primera palabra del Moro ha sido conjuracion, y al oirla el viejo, se echó hácia atras, blanco como la nieve.

FIESCO. — ¡ Ah !... ¡ Ah !... ¡ Qué pillo es ! Hasta que les vió con el cuchillo á la garganta, no nos delató. Así ahora será para ellos realmente su ángel salvador. ¡ Qué pillo es ! (*Sale un criado trayéndole una copa de vino; la presenta á la reunion y bebe.*) Brindo por el buen éxito de nuestra empresa, camaradas. (*Llaman.*)

EL CENTINELA. — ¿ Quién vive ?

UNA VOZ. — Abrid... ¡ en nombre del Duque ! (*Los nobles desesperados se desbandan.*)

FIESCO. — (*Dirigiéndose á ellos.*) No ; no os asusteis, hijos mios, que yo estoy aquí. Aprisa ; esconded esas armas. Sed hombres, os ruego. Esta visita me hace esperar que Andrés duda todavía. Salid y serenaos. Abrid las puertas, guardias. (*Todos se van. Se abre la puerta.*)

## ESCENA VIII.

FIESCO, como si viniera del castillo.—Tres ALEMANES que traen al MORO agarrotado.

FIESCO. — ¿ Quién me llamaba en el patio ?

UN ALEMAN. — Llevadme á presencia del Conde.

FIESCO. — Ahí le teneis ; ¿ quién me llama ?

EL ALEMAN. — (*Saludándole militarmente.*) Os saludo en nombre del Duque. Os manda agarrotado ese moro que ha ido diciendo pestes de vos. Por esa carta sabreis lo demas.



FIESCO. — (*Toma la carta con indiferencia.*) ¿ No te decia hoy mismo que irias á parar á las galeras ? (*Al Aleman.*) Está bien, amigo. Ofreced mis respetos al Duque.

EL MORO. — (*Alzando la voz.*) Y los mios tambien, y decidle... al Duque... que si no hubiera mandado aquí á un asno, sabria á estas horas que hay dos mil hombres escondidos aquí. (*Los alemanes se van. Salen otra vez los nobles.*)

## ESCENA IX.

FIESCO.—Los CONJURADOS.—El MORO con arrogante serenidad.

LOS CONJURADOS. — (*Retroceden á la vista del Moro.*) ¿ Qué es esto ?

FIESCO. — (*Despues de haber leido el billete con reprimida cólera.*) Genoveses ; ya no existe el peligro, pero tampoco la conjuracion.

VERRINA. — (*Sorprendido.*) ¡ Cómo !... ¿ Han muerto los Dórias ?

FIESCO.—(*Con violento ademan.*) ¡Vive Dios! Ni todas las tropas juntas habian de amedrentarme... pero eso, eso no lo esperaba. El débil anciano venció con ese par de líneas á dos mil quinientos hombres. (*Deja caer los brazos con desaliento.*) Dória ha vencido á Fiesco.

BORGOGNINO.—Hablad, pues. Grande es nuestra estupefaccion.

FIESCO.—(*Lee.*) «Lavagna, mala suerte teneis conmigo. Vuestros beneficios son pagados con ingratitud. Este moro me advierte vuestra conjuracion; os lo mando atado, y esta noche dormiré sin guardias.» (*Deja caer el papel. Todos se miran unos á otros.*)

VERRINA.—¿Y bien, Fiesco?

FIESCO.—(*Con nobleza.*) ¡Un Dória me habrá vencido en generosidad!... ¿Faltará esa virtud á la raza de Fiesco?... No por vida mia; tan cierto como me llamo así. Separaos. Corro á verle y á confesárselo todo. (*Hace que se va.*)

VERRINA.—(*Le detiene.*) ¿Pero estás loco?... ¿Somos niños por ventura, ó se trata realmente de la causa de la patria? ¿Contra quién te dirigias tú? ¿Contra la persona de Andrés ó contra el tirano? Detente, repito. Te prendo por traidor al Estado.

LOS CONJURADOS.—¡Atadle!... ¡Echadle al suelo!

FIESCO.—(*Coge una espada y se abre paso.*) Poco á poco. ¡A ver quién será el primero que eche el lazo al tigre!... Vedlo, señores; soy libre y puedo ir donde quiera. Pero me quedo; se me ocurre otra idea.

BORGOGNINO.—La de vuestros deberes.

FIESCO.—(*Colérico y con altivez.*) Mancebo, aprended primero á conocer los vuestros con respecto á mí, antes de hablarme de los mios. Tranquilizaos, señores... Todo sigue como hasta ahora. (*Al moro, desatándole.*) Tienes el mérito de haber dado lugar á una grande accion... Lárgate.



CALCAGNO.—(*Airado.*) ¡Cómo!... ¡Cómo!... ¿Vivirá ese pagano, despues de haber hecho traicion á todos?

FIESCO.—Viva él, con haberos asustado así. Véte, camarada. Pero advierte que pesa la ciudad entera sobre tus hombros, y que sus hijos pueden vengar en tí su falta de valor.

EL MORO.—Esto prueba que el diablo no deja nunca á un pícaro en un apuro... Soy vuestro muy humilde y obediente servidor, señores. Ya veo que no crece en Italia el cáñamo con que han de ahorcarme, y fuerza será que vaya por él á otro lado. (*Se va riendo.*)

## ESCENA X.

Sale un CRIADO.—Dichos excepto el MORO.

EL CRIADO.—La condesa Imperiali ha preguntado ya tres veces por su señoría.

FIESCO.—Diablo, es verdad; debe empezar la funcion. Dile que al instante soy con ella. Aguarda; ruega á la señora condesa, mi esposa, que me espere en la sala de conciertos, escondida detras de los tapices. (*Vase el criado.*) En esta hoja apunté el reparto de papeles, y todo irá á maravilla, si cada cual atiende al suyo respectivo. Antes irá Verrina al puerto, y cuando se haya apoderado de las naves, dará la señal del ataque con un cañonazo. Ahora yo me voy, porque me reclama un importante asunto. En cuanto suene una campanilla, acudid todos á la sala de conciertos... y mientras, entrad... saboread á placer mi vino de Chipre.

(*Se van todos.*)

## ESCENA XI.

La sala del concierto.

LEONOR, ARABELLA, ROSA; las tres muestran su ansiedad.

LEONOR.—Fiesco ha prometido venir aquí, y no viene, y son ya las once dadas. El palacio entero resuena con el rumor de armas y hombres, y él no viene.

ROSA.—Dice que debeis esconderos tras los tapices. ¿Qué intento será el suyo?

LEONOR.—Lo quiere él, y me basta para obedecer sin temor alguno. Pero tiemblo... Bella... mi corazon late angustiado. Por Dios, hijas mias, no me dejeis.

ARABELLA.—Nada temais, señora. El espanto enfrena nuestra curiosidad.

LEONOR.—Donde quiera que vuelvo los ojos, sólo veo semblantes desconocidos para mí, como siniestros y desfigurados espectros. Apenas llamo á uno, tiembla como un malhechor y huye á esconderse en la sombra, negro asilo de la conciencia culpable; si por ventura me responde, me habla con cierto misterio, como si la angustia y la vacilacion le helaran la respuesta en los labios... Fiesco... Algo terrible se prepara aquí. ¡Oh Dios mio! (*Juntando las manos suplicante*)... proteged á mi querido esposo.

ROSA.—(*Asustada.*) Jesus... ¡qué ruido en la galería!

ARABELLA.—Es el centinela.

EL CENTINELA.—(*Dentro.*) ¡Quién vive!

LEONOR.—Alguien viene. Aprisa... á escondernos.

(*Se esconden detras de los tapices.*)



## ESCENA XII.

JULIA, FIESCO, salen conversando.

JULIA.—(*Muy turbada.*) Callad, Conde, por Dios, que tales galanteos no suenan en oido indiferente é inflaman mi pasion... ¿Dónde estoy?... Solos... sin más compañía que la noche con sus seducciones. ¿A dónde habeis traido, Conde, mi pobre corazon indefenso?

FIESCO.—Donde el amor desalentado cobra ánimos, señora, y la emocion responde con más libertad á la emocion.

JULIA.—Basta, Fiesco. Os ruego por lo más sagrado que no paseis adelante. A no ser tal la oscuridad, vierais encenderse mis mejillas y me tendriais compasion.

FIESCO.—Todo lo contrario. Mi turbacion creceria con la tuya, y mi audacia con ella. (*Le besa la mano con ardor.*)

JULIA.—¡Qué ardor febril anima tu rostro y tus palabras!... ¡Ay de mí! Siento arder en el mio, culpable é impetuosa llama... Que traigan luces, te ruego. Cediera mi pasion al arrebatado influjo de la oscuridad. Rebelde al yugo, proseguiria su impía obra... Creedme, Fiesco;... salgamos de aquí.

FIESCO.—(*Con mayor instancia.*) ¿A qué, amor mio, esta inmotivada inquietud? ¿Por ventura la reina debe temer á su esclavo?

JULIA.—¡Malditos seais vosotros y vuestras eternas contradicciones! ¡Como si no fuerais los vencedores, y los más peligrosos, una vez cautivasteis nuestro amor propio! Porque, si es fuerza confesarlo, fué mi amor propio el guardador de mi virtud, y mi orgullo quien desafiaba tus artificios. Sólo en esto se fundaba

mi firmeza. Desesperaste de la astucia y acudes á mi debilidad... Ahora, dejadme.

FIESCO. — (*Confiadamente.*) ¿Y qué pierdes con perder tu fuerza?

JULIA. — (*Con arrebato.*)... ¿Qué?... ¿No lo habré perdido todo, el dia que te haya entregado como juguete la llave del santo pudor y puedas tú afrentarme cuando te parezca?... ¿Quieres saber más, burlon? ¿Querrás aún que te confiese que todo el secreto de nuestra habilidad consiste en defender con miserables precauciones este punto débil, pronto á ceder á vuestras protestas ¡rubor me causa decirlo! apenas vuelve el rostro la virtud?... ¿Es fuerza que te diga cómo nuestros artificios femeniles se emplean en proteger esta plaza sin defensa, del modo que en el ajedrez todas las piezas en defender al rey, inmóvil? Si ganas es mate y todo va de vencida. (*Pausa. Gravemente.*) Acabo de mostrarte nuestra pomposa miseria. Sé generoso.

FIESCO. — Y sin embargo, Julia, ¿á quién mejor que á mi infinita pasion pudieras confiar ese tesoro?

JULIA. — Sin duda que no pudiera estar ni en mejores ni en peores manos... Óyeme, Fiesco... ¿Cuánto tiempo durará ese infinito? Harto desgraciada he sido para exponer áun mi último bien. Fié en mis hechizos, Fiesco, para cautivarte, mas no les creo el poder de retenerte. Pero ¿qué es lo que he dicho, Dios mio? (*Retrocede y oculta el rostro entre las manos.*)

FIESCO. — Dos blasfemias en una. Desconfiais de mi buen gusto y cometeis un crímen de lesa majestad injuriando vuestra belleza. ¿Cuál de ambos crímenes es más excusable?

JULIA. — (*Fatigada, próxima á sucumbir y con voz conmovida.*) Los embustes son las armas del infierno, y Fiesco no tiene necesidad de ellas para subyugar á Julia. (*Cae sin aliento en el sofá. Pausa. Continúa en*



*tono solemne:*) Oye, Fiesco; permíteme que te diga la última palabra. Somos verdaderas heroínas mientras creemos segura nuestra virtud; niñas, cuando la defendemos; (*Fija los ojos en los de Fiesco*)... furias, cuando nos toca vengarla... Oye, Fiesco; si me inmolaras friamente...

FIESCO. — (*Arrebatado.*) Friamente... ¡Por el cielo!... ¡Qué habrá que satisfaga la insaciable vanidad de una mujer, si duda todavía, cuando ve un hombre arrastrándose á sus plantas? ¡Ah!... siento que despierta mi altivez; lo siento. (*Con frialdad.*) Cae la venda de mis ojos. Los más grandes favores de una mujer

no bastan á compensar la más pequeña bajeza de un hombre. *(Saludándola friamente.)* Serenaos, señora, porque estais segurísima.

JULIA.—*(Sorprendida.)* ¡Conde!... ¡Qué mudanza!

FIESCO.—*(Con absoluta indiferencia.)* No, señora; teneis razon que os sobra. Ambos no podemos sacrificar nuestro honor más que una sola vez. *(Le besa cortesmente la mano.)* Permitidme, pues, que os ofrezca mis respetos. *(Hace que se va.)*

JULIA.—*(Deteniéndole.)* ¡Aguarda!... pero deliras... ¡aguarda!... Quieres forzarme á que te diga abiertamente lo que todos los hombres, de rodillas y con lágrimas en los ojos, no hubieran podido arrancar á mi orgullo. ¡Oh desdicha mia!... No es bastante esa oscuridad á ocultar el ardor que harto muestra mi rostro inflamado. ¡Ah Lavagna! Ultrajo mortalmente á mi sexo... seré odiada para siempre... Fiesco, ¡te adoro! *(Cae á sus piés.)*

FIESCO.—*(Retrocede y sin alzarla suelta una carcajada de triunfo.)* Lo siento, señora. *(Llama, levanta el tapiz y presenta á Leonor.)* ¡Mi esposa!... Una mujer divina. *(Se echa en brazos de Leonor.)*

JULIA.—*(Se levanta gritando.)* ¡Oh inaudita traicion!

## ESCENA XIII.

Salen en tropel los CONJURADOS, y por otra puerta las damas. FIESCO, LEONOR y JULIA.

LEONOR.—¡Oh, esposo mio!... Esto es demasiado.

FIESCO.—Otra cosa no merecia un mal corazon. Debia esta satisfaccion á tus lágrimas. *(A los presentes.)* No, señores mios, no: no estoy habituado á perder el juicio, como un mozalbete, á la menor ocasion. Las locuras de los hombres me divierten mucho tiempo



antes de arrebatarme. Esta mujer es merecedora de toda mi cólera, porque habia preparado para un ángel este veneno. *(Lo muestra á todos, que retroceden con espanto.)*

JULIA.—*(Devorando su ira.)* Bien... muy bien... divinamente, caballero. *(Hace que se va.)*

FIESCO.—*(Deteniéndola.)* Un poco de paciencia, señora, que no he acabado todavía. Cuantos me oyen sabrán con placer por qué abdiqué mi razon, hasta el punto de representar esta insensata farsa con la mujer más insensata de Génova.

JULIA.—*(Enfurecida.)* Es insoportable, pero tiembla. *(Amenazante.)* Dória empuña el rayo en Génova, y yo soy su hermana.

FIESCO.—Si este es vuestro último veneno, peor para vos. Por desgracia, puedo anunciaros que Fiesco de Lavagna hizo con la corona que robó vuestro serenísimo hermano, una cuerda con que ahorcar esta misma noche al usurpador de la República. *(Julia palidece. Fiesco continúa sonriendo.)* ¡Ah!... ¡ah!... no lo esperabais, y sin embargo *(con ironía creciente)* ved por qué me pareció conveniente ocupar en algo la curiosidad de vuestros allegados, y me entregué á esa pasion de arlequin, y abandoné *(señalando á Leonor)* ese diamante, por correr tras ese brillante falso. Os doy las gracias por vuestra complacencia, señora, y abandono mi disfraz. *(Le devuelve el retrato haciendo una profunda reverencia.)*

LEONOR.—*(Suplicante, á Fiesco.)* ¡Ludovico mio!... Está llorando la pobre. Leonor se atreve á suplicarte temblorosa...

JULIA.—*(Con arrogancia, á Leonor.)* Cállate, odiosa criatura.

FIESCO.—*(A un criado.)* Sed galante y ofreced el brazo á la señora, que desea visitar mi prision de Estado. Cuidareis bajo vuestra responsabilidad de que nadie